



Cada comienzo necesita un pueblo. Cada final, también

NANCY, Jean-Luc, *Banalidad de Heidegger* (trad. Jordi Massó Castilla), Madrid, Trotta, 2019

Tras la publicación de los *Cuadernos negros* de Heidegger (*Überlegungen. Schwarze Hefte*, 1931-1969, editados por Peter Trawny, 2014) las reacciones en el ámbito académico no se han hecho esperar. Jean-Luc Nancy lanza su aportación al debate optando por una postura que, lejos de quedarse en la superficie de la crítica personal y/o a la persona, se adentra en el pensamiento de Heidegger para indagar ahí la cuestión del antisemitismo, el nazismo y los judíos. Este libro supone así un peldaño más en el largo recorrido que abarca el diálogo entre Nancy y Heidegger, una relación complicada desde sus inicios ya que el filósofo francés nunca ha sido un heredero neutral y reservado de la filosofía heideggeriana. Desde de los textos más tempranos que Nancy dedica a Heidegger podemos encontrar reproches, distancias y sospechas que indican la complejidad de la recepción de este filósofo. A modo de ejemplo traemos una breve cita de *El pánico político* escrito junto a Laocue-Labarthe y publicado en 1979 donde señalan que la analítica del *Mitsein* constitutivo del *Dasein* es sólo un esbozo:

Sein und Zeit propone entonces la analítica de un ser-con (*Mitsein*) originariamente constitutivo del ser-ahí (*Dasein*). De hecho, esta analítica va a esbozarse únicamente sobre el motivo del ser-con en el que se hace la experiencia del ser-sí: el estar-junto (*Dabeisein*) al otro muerto¹

La crítica, suave en este texto, de que Heidegger no continuase trabajando en la analítica del ser-con será a la vez la oportunidad que encuentra Nancy para continuar la empresa heideggeriana ahí donde éste la dejó inacabada. Esto muestra, por una parte, tanto la recepción crítica que hace Nancy, como la estima y consideración filosófica que tiene al filósofo alemán.

El diálogo que Nancy mantiene con Heidegger puede recorrerse en varias de sus obras, entre ellas destacan *La partición de las voces* (*Le partage des voix*, 1982), *La experiencia de la libertad* (*L'expérience de la liberté*, 1988), *Un pensamiento finito*, 2002 (*Une pensée finie*, 1989), *La pensó derobée* (2001)... Para terminar de contextualizar la relación de estos dos filósofos aproximémonos a *La comunidad desobrada*, obra en la que Nancy continúa indagando en la ontología heideggeriana de *Ser y tiempo* de donde recoge el testigo dejado (olvidado, no aprovechado) por Heidegger, no sin insistir en otro reproche:

¹ Laocue-Labarthe, P.; Nancy, J-L.; *El pánico político*, La Cebra, Buenos Aires, 2014, p. 37

toda la búsqueda heideggeriana del ser-para (o relativamente-a)-la muerte no tuvo otro sentido que el de intentar enunciar esto: *yo* no es -no *soy*- un sujeto. (Aunque, cuando se trata de la comunidad como tal, el propio Heidegger se haya extraviado también en la visión de un pueblo y da un destino al menos en parte concebido como sujeto).²

El extravío en la reflexión acerca de un pueblo y un destino será el lugar de distanciamiento desde donde Nancy realiza su lectura de los *Cuadernos Negros*. Primero detengámonos en el título de la obra que aquí se presenta: *Banalidad de Heidegger*, como resulta evidente este título es un guiño a la expresión de Hannah Arendt “banalidad del mal” que subtitula su libro *Eichman en Jerusalén*, al igual que en la obra de Arendt, esta expresión no debe ser malentendida, cosa que avisa Nancy desde la primera página: no se trata de que el mal ocurrido en los campos sea algo banal, ante lo que hemos de ser indiferentes, sino que la expresión se dirige a “cómo ha sido posible que se banalizasen los juicios y las prácticas que desembocaron en el exterminio de alrededor de cinco millones de personas” (14)³. En el trabajo de Nancy la banalidad de Heidegger no es una disculpa o rebajamiento de las posturas filonazis del pensador, sino que estriba en la doxa del antisemitismo, es decir, en la recepción acrítica de una opinión que impregnaba el ambiente de Occidente. Lo que Nancy increpa a Heidegger es precisamente que un pensador de su talla no indagara en el antisemitismo que estaba recorriendo su pensamiento.

La postura de Nancy, sin embargo, no se sitúa en la simple censura y mucho menos llega al extremo de compartir la opinión de eliminar a Heidegger de los estudios filosóficos por ser nazi. Esto se debe a que Nancy distingue cuidadosamente entre nazismo y antisemitismo y observa que Heidegger no estaba de acuerdo con el nazismo en tanto que práctica de un antisemitismo biologicista, en este punto Heidegger estaría cercano a lo que Philippe Lacoue-Labarthe llamó “archifascismo”⁴ o a lo que Peter Trawny llama “antisemitismo historial [*seinsgeschichtliches Antisemitismus*]”⁵.

Siguiendo las indicaciones del autor en el prólogo a la edición española situaremos el “motivo historial o destinal” y la “apelación a un nuevo comienzo” (10) en el centro de la reflexión heideggeriana. Para Nancy, desde el momento en el que Heidegger hace intervenir el carácter destinal del ser (*Geschick*) está introduciendo una idea de llegada, de finalidad y de cumplimiento que se proyecta en la historia de Occidente. Respecto a este carácter historial, que implica una linealidad, un destino, un camino ya trazado, Nancy se pregunta por otra posibilidad, por otra manera de haberlo entendido: “¿No podría ser *lo historial* plural, no podría estar diseminado a lo largo de un camino menos ordenado que ese otro, el asignado a Occidente por aquel pensamiento?” (2)

Condicionado por una idea de historia destinal Heidegger percibe, en la situación de desarraigo del ser que está viviendo Occidente, la proximidad del declive final y la necesidad de un nuevo comienzo. En el proyecto de *Destruktion* Heidegger apela a un segundo comienzo o un nuevo comienzo que daría lugar a “la metafísica en un sentido esencial, nuevo e inicial” (19). Ese nuevo comienzo que anhela Heidegger

² Nancy, J-L., *La comunidad desobrada*, Arena Libros, Madrid, 2001, p. 34

³ En las citas tomadas del libro que se presenta se indicará la página entre paréntesis al final de la misma.

⁴ Lacoue-Labarthe, P., *La fiction du politique*, París, Christian Bourgois Editeur, 1987

⁵ Trawny, P., *Heidegger und der Mythos der jüdischen Weltverschwörung*. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 2014

es, sin embargo, “incompatible con la evolución, con el despliegue de Occidente en su presente estado de «desarraigo»” (19). La evolución de Occidente está orientada por el cálculo, la explicación y la técnica (en el sentido peyorativo que analiza Heidegger en *La pregunta por la técnica*). El motivo destinal y la necesidad de un nuevo comienzo dan lugar, en el pensamiento heideggeriano a una tensión entre la situación actual de Occidente y la exigencia del pensamiento.

En esta tensión entra en juego el pueblo judío gracias a que Heidegger introduce la noción de pueblo (*Volk*) como unas de las facetas del *Dasein* en *Ser y tiempo*. Es desde el “esbozo” del *Mitsein* desde donde el filósofo alemán hace arribar la idea de pueblo, es este uno de los caminos que toma Heidegger del que Nancy se aleja y lamenta que no hubiera tomado otro rumbo en su desarrollo del *Mitsein*. Precisamente Nancy, partiendo del *Mitsein* heideggeriano, desarrollará en *La comunidad desobrada* una idea de comunidad muy alejada del *Volk* como sugería el fragmento arriba citado.

La deriva del *Mitsein* al *Volk* fue también analizada por Derrida, quien, en *Políticas de la amistad* ya sugiere el carácter antisemita de esta idea. El siguiente paso en la aparición de los judíos es añadir a la noción de pueblo la idea del carácter destinal, de tal forma que Nancy lee cómo en los *Cuadernos negros* el pueblo aparece como “una fuerza espiritual o, más en concreto una fuerza de comienzo historial” (21). El resultado de ello es que, al igual que hace falta un pueblo apropiado para el nuevo comienzo, la culminación total de Occidente es propiciada también por su pueblo apropiado. El pueblo apropiado para el nuevo comienzo es, según se puede extraer del estudio que hace Heidegger de los poemas de Hölderlin en *Los himnos de Hölderlin “Germania” y “El Rin”*, el pueblo alemán. Es en los *Cuadernos* donde se desvela que el pueblo apropiado para la culminación es el judío. He aquí el paso que Nancy califica de banal, injustificado y no necesario: “¿por qué es necesario que un fenómeno tan vasto [...] tenga que recurrir a una figura concreta, cuando es indudable que no todos los actores de esta catastrófica historia son judíos?” (27). Nancy resume la respuesta de Heidegger de la siguiente manera: “cada comienzo necesita un pueblo. Cada final, también” (30), de esta manera quedan reunidos los motivos principales del análisis de Nancy.

Continuando la lectura de *Banalidad de Heidegger* llega la indagación acerca de los motivos que condujeron a Heidegger a elegir al pueblo judío como encargado de la decisión de destruir Occidente. Entran aquí varios factores, en primer lugar, la caracterización tradicional de los judíos como portadores de una racionalidad calculadora ligada a la acumulación de dinero y el comercio. Que Heidegger asuma esta caracterización responde a que “comparte la banalidad de una mentalidad extendida según la cual los judíos encarnan una destructora banalización del mundo” (38). La relación que Heidegger establece entre la deconstrucción (*Abbau*) de la ontología metafísica y la destrucción material del mundo le llevan a detectar un agente también mundano, histórico, como el responsable. De esta manera, el filósofo se aleja de su primer interés de no substancializar el ser. Nancy detecta este paso en las *Beiträge* compuestas entre 1936 y 1938 que contienen la elaboración de la pregunta por el ser, aunque no se pregunta por el ser del ente sino desde la verdad del ser (*Seyn*) mismo pensado como esencialización histórica.

En segundo lugar, el rechazo a los judíos proviene de muy lejos, si bien es cierto que en la Alemania nazi este rechazo adquiere sus formas más perversas, se trata de un continuo en la historia de Occidente que encuentra su inicio en la aparición

del cristianismo. El nacimiento del cristianismo acaece mediante dos factores por los cuales adquiere identidad, se trata de “1) recusar la identidad judía; 2) fabricar sus propios sustitutos para esa identidad que, por eso mismo, nunca habrá llegado a recibir” (48). De esta manera el cristianismo surge mediante un movimiento con tintes hegelianos de negación del otro, un otro que en lo más íntimo es él mismo, puesto que nadie olvidará que el cristianismo nace en el seno del judaísmo. El resultado es una reducción del judaísmo a un pueblo sin pueblo, sin suelo, sin identidad, un pueblo errante. Este aspecto es reprochado por Nancy a Heidegger ya que “Heidegger emplea a veces el epíteto «judeocristiano»; pero no se pregunta por esa conjunción que, sin embargo, atraviesa la violenta disyunción antisemita” (49). La presencia del judaísmo en el cristianismo es una de las formas que toma la idea de lo-otro-en-el-sí, idea que atraviesa toda la reflexión heideggeriana desde que se alcanza que el olvido del ser estaba desde el comienzo, desde el primer comienzo griego. Un sí mismo, entonces, contaminado, que busca regenerarse. Aquí, de nuevo Nancy observa como la insistencia en un comienzo lleva a Heidegger a unas tristes conclusiones:

la obsesión por el comienzo –por el fundamento, por el origen, la obsesión «metafísica» por excelencia–lo hizo caer en la peor y la más atroz de las vulgaridades, un odio de sí mismo –de lo otro-en-el-sí–en el que se reconoce la triste voluntad de crearse a sí mismo o de ser «sí» mismo. (63)

En la obra que aquí se presenta Nancy añade un último capítulo en el que indaga en la reflexión acerca del cristianismo y de su papel en la filosofía heideggeriana. En estas últimas páginas Nancy plantea la tarea del cristianismo como portador de una univocidad que hiciera frente a la equivocidad, el olvido y extravío del ser. Sin embargo, no fue capaz de cumplir con esa tarea. En una reflexión que bien podría pertenecer a la deconstrucción del cristianismo llevada a cabo por Nancy en varios libros⁶, el cristianismo aparece con una falta de unicidad desde el principio, “el cristianismo fracasó en aquello que debería haberle incumbido. Pero que haya fracasado al principio no hace olvidar que siempre le faltó una destinación propia para la «univocidad»” (87). Este fracaso intrínseco al mismo cristianismo, que de nuevo observa en sí mismo lo otro, impidiendo su afán de autoengendramiento, fomenta el odio, el odio hacia sí mismo que se proyecta en el pueblo judío. Así pues, dice Nancy a modo de conclusión que

el antisemitismo de Heidegger es banal: arrasa consigo la vulgaridad difundida por un inacabable discurso que cristaliza en una denuncia racista repleta de odio, en el momento en que el mundo cristiano y poscristiano está desgarrándose a sí mismo. (90)

Asumiendo la lectura de Nancy aún queda por pensar hasta qué punto la coyuntura histórica en la que vivió Heidegger y las opiniones que conformaban su entorno (y que como explica Nancy él sumió acriticamente, de ahí su banalidad) pueden explicar que su pensamiento tomara los derroteros que tomó. Es decir, si al viraje hacia la idea de pueblo, destinación y nuevo principio puede achacársele la

⁶ *La Déclousion (déconstruction du christianisme, 1)*, 2005 [*La declusión (deconstrucción del cristianismo 1)*, 2008]; *L'Adoration (déconstruction du christianisme, 2)*, 2010; *Noli me tangere*, 2003 [2006]; *Visitation*, 2001.

sunción del antisemitismo palpable en el ambiente. O si, por el contrario, el propio desarrollo de su pensamiento, con independencia del ambiente en que se gestó, conllevaba tendencias antisemitas que podían o no haber visto la luz dependiendo de la situación histórica. Por seguir el camino indicado por Nancy, habría que apostar a que el pueblo encargado de culminar el desarraigo del ser podría haber sido otro que de alguna manera encarnara la tecnificación y el raciocinio calculador, lo que podría haber dado lugar a un “antiamericanismo”, “antibolchevismo”, etc., por mencionar los factores que entraban en conflicto en el momento en que Heidegger escribía. A la pregunta: ¿la filosofía de Heidegger programaba el antisemitismo que después se encontró en clima político-social de Alemania? Nancy parece responder que, si bien no era necesario caer en el antisemitismo, es cierto que la necesidad de un pueblo agente del desarraigo del ser hizo mucho más fácil que Heidegger recurriera al pueblo judío, de tal forma que ambos factores se retroalimentan haciendo difícil trazar la línea que los separa. Es así como la reflexión de Heidegger llega la conclusión de que “la destrucción del pueblo como tal no podía ser más que deseable y sería, además, de una manera u otra [...], el inevitable programa de la autodestrucción de Occidente” (65).

Paula Sánchez Mayor